

EL ISLEÑO.

PERIÓDICO CIENTÍFICO, INDUSTRIAL COMERCIAL Y LITERARIO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

PALMA.—Imprenta de Gelabert.—MÁLAGA.—D. Matías Mascaró.—IVIZA.—D. Joaquin Cirer.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Mallorca, 10 rs. vn. al mes.—En los demás puntos del reino 12 rs. idem, franco de porte.

Seccion oficial.

GUERRA DE AFRICA.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

Partes detalladas de las acciones ocurridas en los dias 12 y 15 del actual.

Accion del 12.

Ejército de Africa.—Estado mayor general.—Escmo. Sr.: El dia 12 del actual dispuse que el teniente general conde de Reus, comandante general de la division de reserva, saliese con ella á continuar la construccion del camino que se está abriendo desde este punto á los Castillejos en direccion á Tetuan, en donde ni aun una senda se encuentra; y con el objeto de protegerle, mandé que la segunda brigada de la division del primer cuerpo, á las órdenes del brigadier Elío, pasara á colocarse en posicion entre uno y otro punto.

Dicho general me ha dirigido, como resultado de las operaciones de aquel dia, el parte siguiente:

«Escmo. Sr.: Cumpliendo las instrucciones que V. E. tuvo á bien comunicarme, emprendí la marcha en la mañana de ayer con la division de mi mando y el regimiento infanteria de Granada.

Teniendo aquella por principal objeto proteger la continuacion de los trabajos comenzados para abrir una comunicacion en direccion de Tetuan, despues de haber rebasado con mis fuerzas el reducto Principe Alfonso, las escaloné colocando en la extrema derecha el regimiento de Granada, á las órdenes de su coronel don José de Trillo; á la izquierda de éste un batallon del regimiento infanteria del Principe y cuatro compañías del de Almansa con su jefe el coronel graduado primer comandante don José Garcia de Velarde, á las órdenes del coronel don Cándido Pieltain; para cubrir el frente y extrema izquierda al batallon cazadores de Vergara, á las de su primer jefe el coronel graduado don José Salazar; conservando á mi inmediacion, para acudir al punto que las circunstancias hicieran necesario, á dos compañías de Almansa, dos de Cuenca y el batallon de Luchana, al mando del coronel don José Estremera.

Tomadas estas disposiciones, se emprendieron los trabajos por el primer batallon de Ingenieros, primero del tercero y segundo del quinto de Artilleria, á las órdenes y bajo la direccion del entendido brigadier coronel de Ingenieros, don Julian de Angulo, inmejorablemente secundado por el coronel graduado, teniente coronel de Artilleria don Ignacio Berroeta.

Desde un principio comprendí por los movimientos del enemigo, que en grandes grupos se dirigia desde las alturas de mi derecha sobre el Castillejo, que pretendia molestar nuestras tropas é interrumpir los trabajos emprendidos. En efecto, á las doce del dia los moros, reunidos en número de unos 4 á 5,000 rompieron el fuego contra todos nuestros puestos avanzados, y señaladamente contra el batallon cazadores de Vergara, que resistió y rechazó enérgicamente dos cargas de triples fuerzas. Inmediatamente ordené marchar á su frente al coronel Estremera con las fuer-

zas de su mando, sirviendo de reserva los batallones de Artilleria é Ingenieros, los cuales, despues de suspender sus penosos trabajos, se presentaron pronto á combatir con el ardor, entusiasmo y buen orden que en todas épocas han distinguido á estos brillantes cuerpos.

Llegado yo á la vista del Castillejo, fue tal la audacia del enemigo, que se acercó á tiro de pistola, valiéndose siempre de las quebradas del terreno y espesura del matorral.

Viéndole atrevido, creí oportuno prepararle una emboscada, tanto para castigar su osadia, como para cuando llegara la hora de regresar al campamento poderlo efectuar con desahogo: di al efecto personalmente las instrucciones necesarias á los batallones de Vergara y otro formado de tres compañías de Luchana y una de Cuenca, y prévine al teniente del regimiento del Principe don José Cruz se colocase oculto detras de unas peñas, y avisase el momento en que los moros llegasen al parage que me pareció conveniente para el ataque. En este momento se presentó muy oportunamente el ayudante de V. E. comandante graduado capitán don Manuel Coig, con 40 caballos, que situados en el flanco izquierdo debian caer sobre el enemigo al avanzar las tropas emboscadas: colocadas en la situacion que se las habia señalado, observando todas el mas profundo silencio, llegó el enemigo al punto por mí señalado al teniente Cruz; y entonces, dando el grito de *viva la reina*, salieron á la carrera las compañías de cazadores de Cuenca, Luchana y una de Vergara, con la escolta mandada por el citado ayudante de V. E.: las dos columnas apoyaron al paso de carga esta recia embestida, y protegidas por su derecha por cuatro compañías de infanteria que puse á las órdenes del bizarro coronel don Antonio Pasaron, teniente coronel de Ingenieros, el éxito fué completo, pues no solo se le causaron pérdidas considerables en hombres y caballos, sino que, dado el impulso, se les desalojó hasta de las ruinas del Castillejo y casa del Marabut. El excelentísimo señor general don Luis Garcia, jefe de estado mayor general, que llegó en aquel momento y contribuyó con su sereno valor y sus ayudantes y oficiales de estado mayor á reforzar la carga podrá referir á V. E. la impetuosidad y bravura de mis tropas en aquel momento. El fuego continuó durante mas de una hora, conservando las posiciones conquistadas, y siendo ya las cuatro de la tarde, hora en que debía regresar al campamento, emprendí mi retirada, que se efectuó por escalones con el mayor orden, cual cumple á soldados españoles que comprenden la mision que su reina les ha confiado.

El enemigo continuó constantemente su fuego contra nuestra retaguardia, sin que una sola vez pudiera desordenar los escalones en marcha, hasta que encontré las tropas del primer cuerpo de este ejército, con las que se siguió la marcha con la mayor tranquilidad. Las posiciones de mi derecha fueron rudamente atacadas; pero allí estaban los brillantes regimientos de Granada y batallones del Principe y Almansa con sus bravos jefes á la cabeza, y no perdieron un palmo de terreno.

Las pérdidas del enemigo las calculo en unas 400 hombres entre muertos y heridos: las nuestras comparativamente fueron

muy cortas, aunque sensibles, y segun las adjuntas relaciones ascienden á 4 muertos y 71 heridos en la division y regimiento de Granada.

Es de mi deber recomendar á V. E. en primer lugar la numerosa familia del bizarro coronel de Artilleria D. Juan de Molins, que murió en el momento de la carga, asi como al coronel de infanteria D. Antonio Pasaron, teniente coronel de Ingenieros; coronel de Luchana D. Francisco Canaleta; teniente coronel de infanteria D. Agustin Pita, mi ayudante de campo, y comandante graduado; capitán D. Manuel Coig, ayudante de V. E.; todos los que perteneciendo á mi cuartel general tuvieron la fortuna de derramar su sangre recibiendo graves heridas: en segundo lugar á mi ayudante de órdenes el subteniente D. Enrique Useletti de Ponte, que recibió una fuerte contusion, y por último, á los jefes de media brigada Estremera, Pieltain y Trillo; al de cazadores de Vergara D. José Maria Salazar, que fue el que en este dia tuvo mayor ocasion de distinguirse; á mis ayudantes de campo, gefes y oficiales de estado mayor, gefes y oficiales á mis órdenes, pues todos cumplieron como buenos, y en favor de algunos, si V. E. me lo ordena, formalizaré la correspondiente propuesta de recompensas.»

Viendo yo, no solo el empeño con que el enemigo trataba de hostilizar al conde de Reus de frente sino que descendían de las montañas numerosas fuerzas para hacerlo por su derecha; y observando que el general Garcia, gefe de estado mayor general, á quien habia mandado para que con conocimiento de la situacion del momento dispusiese de las tropas de sosten, habia hecho avanzar la brigada Elío para cubrir ambos lados, ordené al general Gasset que marchase á reforzarle con tres batallones, disponiendo tambien que una seccion del tercer regimiento montado de Artilleria tomase posicion en la falda del reducto del Principe Alfonso, porque comprendí que el enemigo, no conociendo el alcance de nuestras piezas rayadas, vendria por las alturas á colocarse bajo su accion.

Mis órdenes se cumplieron oportunamente: el general Gasset llegó al punto que le habia indicado en el momento que empeñaba el fuego el regimiento de Granada por la derecha, y por el frente un batallon del Rey, fuego que sostuvieron con denuedo mientras que la seccion de artilleria rompió el suyo, haciendo ciertos disparos á una distancia admirable.

Desde este instante el enemigo se contuvo; pues si bien hubo un momento en que trató de avanzar á una altura que acababan de dejar nuestros soldados, la carga de una compañía del regimiento de Granada y dos del de Almansa le hizo retroceder desordenada y precipitadamente, sin que ya hiciese otra cosa mas que mantener, como tiene de costumbre, un fuego inofensivo por la distancia que de los nuestros los separaba.

No puedo menos, Escmo. Sr., de recomendar á V. E. los jefes, oficiales y tropa en la forma que lo hace el general conde de Reus, asi como las tropas del primer cuerpo que tomaron parte en el combate. Debo tambien hacer presente á V. E., rogándole lo haga á S. M. la reina, el comportamiento distinguido del general Prim. Si su valor y serenidad no fuesen conoci-

dos, como lo son en el ejército, este solo hecho bastaria para adquirirle con justicia el titulo de valiente y entendido.

Nuestra pérdida en este dia ha consistido en un jefe y cinco individuos de tropa muertos; cuatro jefes, tres oficiales y 71 individuos de tropa heridos, cinco de los mismos contusos, y nueve caballos heridos.

Las del enemigo, que por varias veces fue atraido hasta casi tocar con nuestros soldados en las emboscadas que se le hicieron, y á quien nuestra artilleria cañoneó con acierto, las calculo en 400 muertos y heridos.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento frente á Ceta 18 de diciembre de 1859.—Loopoldo O'Donnell.

Accion del 15.

Ejército de Africa.—Estado mayor.—Excelentísimo señor: Al romper el dia de antes de ayer empezó á verse en las alturas de la sierra de Bullones gran número de moros de infanteria y caballeria, observándose que de distintas direcciones acudian numerosos grupos á reunirse, y pareciendo el anuncio de una llamada general los tiros sueltos que por toda la cordillera disparaban.

A pesar de que todo esto indicaba la preparacion de un combate con alardes de fuerza superiores á los precedentes, pues se veian varios escuadrones de caballeria formada, llevando entre ellos algunos estandartes, dispuse á las nueve celebracion de una misa que habia ordenado el dia anterior, y que debia oír desde sus campos todo el ejército, en sufragio de las almas de los que, defendiendo el trono de su reina y la honra nacional, habian perecido gloriosamente desde el principio de la campaña.

Al terminar este acto religioso empezaron á oírse algunos disparos por la derecha de nuestras posiciones avanzadas, donde se halla el reducto de Isabel II; y poco despues, al paso que avanzaban por los boquetes de Anghera y Belzú las gentes de estas tribus se vieron descender de las fragosas alturas del frente gran número de enemigos de á pié y como unos 1,000 caballos, que por el orden en que lo hacian y sus atavíos se conocia ser moros de rey.

Creí en un principio que su pensamiento pudiera ser el de atacar al general Ros, que con el tercer cuerpo habia establecido la víspera su campo en las alturas enfrente del reducto del Principe Alfonso, en la direccion de Tetuan; y le ordené en consecuencia que se pusiera sobre las armas y estuviese dispuesto: al propio tiempo, mandé formar el segundo cuerpo á las órdenes del general Zavala, y la reserva á las del conde de Reus, haciendo marchar una bateria del tercer regimiento montado sobre la izquierda, y que las dos restantes estuviesen enganchadas y dispuestas para acudir adonde se les ordenara.

Entretanto verificaban las líneas avanzadas el relevo por el primer cuerpo, hallándose sobre el boquete de Anghera un batallon del regimiento del Rey y el de cazadores de Simancas; el de Barbastro en posicion entre los reductos de Isabel II y Rey Francisco; otro del Rey y el de cazadores de las Navas se hallaban protegiendo al de Alba de Tormes, que estaba de tra-

bajo, ocupando un batallón de Borbon el segundo de los indicados reductos.

El general Gasset, comandante en jefe interino del primer cuerpo, viendo amagado su flanco izquierdo dispuso que el segundo batallón de Granada marchase inmediatamente á tomar posición entre un nuevo reducto que se está construyendo y el del Principe Alfonso, mientras el de cazadores de Talavera se empleaba en proteger los trabajos.

A estas disposiciones siguieron la marcha del brigadier Lassausaye con los batallones de cazadores de Cataluña y Madrid á situarse por la derecha entre el reducto de Isabel II y la casa del Renegado, y la situación del primer batallón de Borbon, primero de Granada, cazadores de Mérida y una compañía de artillería de montaña á la inmediación del reducto Rey Francisco con el general Gasset.

El enemigo, en efecto, empezó el ataque por la izquierda del primer cuerpo; pero cogido de flanco por la artillería del reducto del Principe Alfonso, desistió de su intento y dirigió la mayor parte de sus fuerzas sobre el centro, donde las recibieron bizarramente un batallón del Rey y el de Simancas, en cuyo apoyo acudió el primero de Granada, quedando en columna á retaguardia para sostenerlos.

En este mismo momento subía yo con mi cuartel general; y al observar el vivo fuego que se hacía por el boquete de Anghera y que las balas enemigas atravesaban el camino de comunicación de los fuertes, mientras me dirigí al Rey Francisco, ordené al general Garcia, jefe de estado mayor general, se trasladase rápidamente al sitio del combate, que tomase el mando de las tropas y obrase segun lo exigiesen la situación y circunstancias.

Al llegar el espesado general al sitio mencionado, viendo el enemigo en los lindes del bosque y el esfuerzo que hacía para rechazar las tropas que defendían nuestras posiciones, causando en ellas bastantes pérdidas, comprendió desde luego la necesidad de arrojarlo del punto en que se encontraba; en su consecuencia hizo avanzar al primer batallón de Granada, formándolo en columna en el alto con su coronel don Miguel Trillo á la cabeza; reunió las compañías del Rey y Simancas que se hallaban á la inmediación, y poniéndose á su frente al grito de *viva la reina*, se lanzó con la mayor bizarría al enemigo que bujó en el acto, mezclada su infantería con la caballería dejando completamente limpio el bosque, y refugiándose en las alturas al otro lado del barranco, á una distancia en que sus fuegos eran ya inofensivos: este brillante hecho decidió la suerte de aquella jornada.

Entretanto el general Zavala, en virtud de mi orden, salió con la mayor prontitud con el segundo cuerpo á nuestras posiciones avanzadas, y mandando una brigada para sostener á las tropas del general Garcia, colocó las restantes entre los reductos de Isabel II y Rey Francisco, en disposición de apoyar al primer cuerpo en todos los puntos en que la necesidad pudiera exigirlo; pero este caso no llegó como tampoco el que tomase parte en el combate el conde de Reus, que quedó con sus fuerzas sobre el Serrallo y alturas intermedias á los fuertes.

Al mismo tiempo que esto sucedía, una parte de las fuerzas enemigas intentaba un ataque contra los puestos avanzados del general Ros, que no solo fué resistido con valor, sino rechazado bizarramente, haciéndolas huir en desorden y con bastante pérdida, tanto por el fuego de infantería, como por el bien dirigido de la compañía de artillería de montaña del quinto regimiento que había puesto á las órdenes de este general.

Retirado el enemigo á las alturas y barrancos que se hallan al frente de nuestra línea, resolví arrojarlo de ellas, ó acabarlo si se decidía á esperarame, y para ello vine al general Ros que hiciese avanzar las fuerzas necesarias por su frente, amenazando envolver la derecha enemiga.

Este movimiento, pronto y bien ejecutado, pero comprendido al momento por

el enemigo, hizo que toda su fuerza, descendida poco antes de las alturas con tanta arrogancia, empezara á huir en precipitado desorden, avivado por el fuego de las tres compañías del tercer regimiento montado, las cuales desde las inmediaciones de los reductos de Isabel II, Rey Francisco y Principe Alfonso, donde los había hecho situar, alcanzaron con sus certeros disparos á los ordenados escuadrones moros á una distancia de mas de media legua, produciendo en ellos una confusión difícil de expresar.

Rechazado el enemigo en todos los puntos, que daban solo sobre nuestra derecha uno 3 ó 4,000 hombres de las tribus de Anghera y Belzú que no me inspiraron cuidado; me trasladé entonces á la izquierda, donde se hallaba el tercer cuerpo, por si el enemigo, que se reunía en los altos montes de su frente, intentaba algo contra los batallones que con el general Ros habían avanzado; pero al ver su actitud inerte, ordené el regreso de estas fuerzas á su campamento, y me disponía á retirarme al mio, cuando empecé á sentir por la derecha un fuego mas vivo del que hacía tiempo se sostenía por los moros, y que era apenas contestado por nuestras guerrillas.

Marché de nuevo al reducto de Isabel II, y allí vi que había sido causado por que habiéndose anticipado en la derecha la retirada de la fuerza que ocupaba la posición entre la altura del Renegado y los escarpadas rocas donde acostumbran guarecerse los moros, al verla abandonada habían bajado unos 200 á ella, incomodando con sus disparos á nuestras tropas.

Ordené entonces que se volviera á ocupar aquella posición, y que nuestros soldados se colocasen á cubierto para evitar pérdidas, dejando que el enemigo gastara en un fuego inútil sus municiones, hasta que ya cansado se retiró por completo á sus guaridas, verificándolo las tropas á sus respectivos campamentos despues de anochecido.

En este día, Esmo. señor, ha habido una circunstancia especial que referiré á V. E.: despues de la misa había entregado las banderas regaladas al ejército por SS. MM. la reina y el rey á los regimientos de infantería del Rey y de la Reina, como los mas antiguos, para que las conserven como depósito para ser entregadas á los cuerpos que las ganen sobre el campo de batalla por un hecho heroico merecedor de tanta honra.

El regimiento de la Reina no tuvo ocasión de combatir; pero el rey desplegó bizarro y orgulloso esta enseña ante los estandartes imperiales de Marruecos, y la salpicó con la sangre de muchos de sus valientes soldados, atropellando á la bandera marroquí en su vergonzosa fuga.

La fuerza enemiga no bajaria de 15,000 infantes y 1,000 caballos, entre los que debió encontrarse una parte de la Guardia del emperador, pues vimos ginetes blancos y negros con magníficos trajes y arreos que solo ellos usan, y segun las apariencias es posible que tambien se hallara entre ellos Muley Abbas, hermano del emperador y generalísimo de sus ejércitos.

De nuestra parte solo la tomaron en el combate los 14 batallones del primer cuerpo, una pequeña del tercero y algunas compañías del segundo.

La pérdida que hemos experimentado, aun cuando siempre sensible, es muy inferior en comparación de la tenida en los combates anteriores, bien corta en proporción á las fuerzas contrarias y al tiempo que duró el fuego.

Consiste en un oficial y 36 individuos de tropa muertos; 10 oficiales y 153 individuos de tropa heridos, y cinco oficiales, 44 individuos de tropa contusos; todos del primer cuerpo, á escepcion de un muerto y cuatro heridos del segundo, y un herido del tercero. La del enemigo la graduo, sin traspasar los límites de lo racional, en 1,500 hombres entre muertos y heridos.

Debo hacer á V. E. mención del general Ros, comandante en jefe del tercer cuerpo; pues si bien en esta jornada no ha te-

nido la suerte de empeñarse con la fuerza de su mando sino en cortísimo número, sus disposiciones y su aptitud me hacen conocer lo que debo esperar de él cuando se presente la ocasión.

Recomiendo á V. E., para que se sirva elevarlo á la consideración de S. M., al general Garcia, jefe de estado mayor general; al general Gasset, comandante en jefe interino del primer cuerpo; á los brigadieres Lasanssaye y Elio, jefes de brigada del mismo; al coronel Trillo, que manda el regimiento de Granada; á los jefes del regimiento del Rey y Simancas, Madrid y Cataluña, que mas parte tomaron en el combate; concluyendo por manifestar á V. E. que en esta ocasión he quedado, como en las anteriores, satisfecho de la bizarría de las tropas y de la prontitud y acierto con que mis órdenes han sido comunicadas en todos los puntos de mas riesgo por el jefe y oficiales de la secretaria de campaña, por mis ayudantes de campo y por los jefes y oficiales del cuerpo de estado mayor.

Sobre el campo de batalla he recompensado, en uso de las facultades que S. M. la reina (Q. D. G.) me tiene concedidas, algunos hechos de valor que he presenciado y que son dignos de premio: de ellos daré conocimiento á V. E. con la orden general en que los anuncio al ejército, reservándome proponer á S. M. las gracias á que otros son merecedores, y que por haber llegado á mi noticia con posterioridad no me he creído en el caso de conceder sin este requisito.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento frente á Ceuta 17 de diciembre de 1859.—Leopoldo O'Donnell.

SECCION DE NOTICIAS DE MADRID.

Dia 24.

En una carta inserta en las columnas de un diario de Cádiz, se consignan algunos hechos aislados, ocurridos en la acción del día 15; pero cuyos grados de verosimilitud nos parecen un tanto dudoso, por las mismas razones que se alegan á la conclusión de la misma carta:

«Un soldado dice, que tenia vencido á un moro le dijo amenazándolo de muerte:—*Di viva Isabel II!*—el moro permaneció callado.—*Di viva Isabel II!*—y aun otra vez se lo repitió sin que aquel se diese por entendido: al contrario, vencido y todo trató de acometer al vencedor, que se vió obligado á cumplir su amenaza. ¡Lástima es que su patriótico deseo no pudiera realizarse y que la sangre diera olor al aire donde resonaba el nombre augusto de nuestra piadosa soberana!

Un presidiario (y todos los de esta clase se baten admirablemente) luchaba con un moro, y convencido de su impotencia física trató de apelar á la astucia para deshecerse de él: al efecto fingió tirar del fusil para manejar la bayoneta que el otro asia fuertemente, y en uno de estos esfuerzos soltó la culata y cayó de espaldas el moro: entonces le fue fácil recobrar su arma.

Un soldado fue cogido por la cartuchera, y el moro hacia esfuerzos por llevarse asi á su campo; mientras aquel lo hacia adelante para escapar, apoyando en tierra la culata de su carabina; de repente, suspende la respiración aminorando su cintura y desabrochó la correa, dejando al moro, no solo burlado, sino con castigo, porque entonces el soldado usó con libertad de su bayoneta.

A otro soldado que se batió bizarramente, siendo testigo el general en jefe, le dijo éste:—*«Bien te has batido: di ahora: ¿qué quieres?»*—Seguirme batiendo, mi general, es todo lo que deseo, contestó el soldado, y al punto recibió la cruz de San Fernando.

Podria referir á usted otros muchos hechos que me han contado; pero temo que sean apócrifos, porque nuestra imaginación, deleitándose en lo extraordinario, exagera cuando hay, ó inventa cuando no.

Pero es indudable que ha habido hechos muy buenos. Y es lástima que tanto cuadro donde el valor está de relieve, donde el esfuerzo sobresale, no tenga algun toque de ternura que, embelleciéndolos, los completase.»

Los renegados, nos escribe una persona que ha viajado por Africa, no gozan en Marruecos de bastante consideración para poder, como lo suponen algunos, jugar el mejor papel ni tomar parte importante en la guerra que sostienen hoy los moros contra España. Apesar de su abjuración, y por muchos que sean sus talentos y su educación, no obtiene nunca ningun renegado el mas pequeño mando militar, tanto por el desprecio en que viven, como por la desconfianza que inspiran en un pueblo sumamente suspicaz, que adivina muy bien los motivos que han impulsado á estos malos cristianos á abrazar una nueva religión que están dispuestos á observar tan mal como la primera.

Los renegados forman una corporación en la cual todas las naciones están representadas; pero en donde figuran principalmente los franceses y los españoles, desertores los unos de los cuerpos disciplinarios de la Argelia, y escapados los otros de los presidios de Melilla y Ceuta.

Pertenecen nominalmente al cuerpo de Tobibij, ó sean artilleros del sultan; pero en muy raras ocasiones se les confían cañones, ni aun fusiles, y mucho menos para enviarlas contra tropas europeas, por temor de que aprovechasen tan buena ocasión para comprar su perdón y buscar en la deserción los medios de volver al mundo civilizado.

Generalmente no se permite á los renegados el permanecer en las ciudades del litoral; suelen residir en Fez, en Mequinez y tambien en otros puntos del interior, en donde el emperador tiene guarniciones destinadas á rechazar las continuas escursiones de los Alives y de otras indómitas tribus del Atlante.

El sueldo que reciben es tan exiguo que se morirían de hambre si esto fuera posible en un suelo tan férax como el de Marruecos; pero viven sumidos en la mayor miseria y en un estado de cautiverio continuo, puesto que un castigo de cien palos á lo menos esperan los que se encuentran fuera del punto designado para su residencia.

De todo esto se deduce, que si hay algunos renegados entre los moros que están al frente de nuestras tropas, serán en muy corto número, y sometidos á una vigilancia que desde luego tratarán de burlar en la primera ocasión para salir de la miserable condición á la cual están sentenciados.

Como el otro día indicamos, los viajeros de trage moruno, que tanto han llamado la atención estos dias en Madrid, son afganes. El Afghanistan es una estensa region del Asia, comprendida entre la Persia al Poniente, la India inglesa al Sur y al Este, y Turan al Norte. Comprende varios países, como Kabul, Kandahar, Herat, Ghurat y Seistan. En esta parte del Asia viven los pueblos, las tribus y los gefes en continua lucha. Los recién llegados á Madrid parecen unos de tales gefes, sin que pueda asegurarse que hayan ocupado algun puesto mas elevado. Lo cierto es que han tenido que refugiarse en Constantinopla, atravesando para ello toda la Persia y el Asia menor. En aquella capital han vivido dos años, sostenidos como otros muchos emigrados, por el gobierno del sultan. Pero despues, no pudiendo aquel gobierno continuar sufragándoles por mas tiempo los recursos que necesitaban se fueron con pasaporte ingles á Egipto, y desde allí á Túnez, Argel y Marruecos, concluyendo por tocar en Gibraltar, en donde se les concluyeron sus medios de poder continuar viajando, determinando en su consecuencia recurrir á España, por ver si logran recursos para regresar á su patria.

—El capitán general de Granada ha revistado el 23 en Málaga los batallones de Bailén y de Soria que pertenecen al nuevo cuerpo de ejército; estos batallones, formando su línea en el paseo de la Alameda, se han presentado en trage de marcha y con todo el equipo de campaña.

Un gran concurso de espectadores ha acu-

